



EL GRITO DE LA NATURALEZA HERIDA... EL COMPROMISO DE LA HUMANIDAD

Los escenarios apocalípticos de las películas de culto de los años 80 todavía vuelven ante nuestros ojos. Los huracanes, las perturbaciones atmosféricas, los posibles desastres ecológicos estaban en la base de algún tipo de filmografía catastrófica que, se espera, tendía a exorcizar los eventos posibles de hoy y otros ocurridos. En la actualidad, ante los ojos de todos, vemos fenómenos impensables hace veinte años atrás que trastornan todo el ecosistema y, en cierto modo, el destino de la humanidad.

Los científicos mundiales, reunidos por primera vez en Kyoto, lanzaron una dura amonestación y un llamado a las potencias mundiales: reducir las emisiones de anhídrido carbónico, contra la testarudez del capitalismo a distancia de años. La madre y hermana tierra está abundantemente protestando. Son las afirmaciones, ya científicamente comprobadas del Papa Francisco en su *Carta Encíclica Laudato si' sobre el cuidado de la casa común*: «Una hermana que protesta contra el mal que le provocamos a causa del uso irresponsable y del abuso de los bienes que Dios ha puesto en ella»

Con los tonos de alegría y dramatismo, para subrayar la bondad de la Creación y

la grave superficialidad del ser humano que habita en la casa común, el Santo Padre ofrece un compendio de las observaciones científicas de este período, junto a un atento examen de las posiciones pastorales de los Pontífices y de los Padres de la Iglesia, reclamando constantemente el tema de la responsabilidad de cada ser humano que no escucha el grito de la naturaleza herida: «heridas producidas por nuestro comportamiento irresponsable». Es paradigmático el reclamo al santo de Asís, patrón de Europa, pero sobre todo amigo y amante de la naturaleza, a la cual ha cantado sus alabanzas. Su «ecología integral requiere apertura hacia categorías que trascienden el lenguaje de las ciencias exactas o de la biología y nos coligan con la esencia del humano».

En fin, el Papa Francisco, dice, sí a los estudios, a los convenios y a los debates, pero la urgencia del problema involucra a todo el ser humano, su sobrevivencia y sobre todo, sus opciones éticas que concretamente están ligadas a las políticas económicas de las grandes potencias. Sin embargo, él va más allá, y se dirige de modo ecuménico e interreligioso a « ¡toda persona que habita en este planeta! ». Debería radicarse en todos la convicción de esta *ecología integral* citada antes, que es «la atención sobre las raíces éticas y espirituales de los problemas ambientales, que nos invitan buscar solucio-

nes, no solo en la técnica, sino también en un cambio del ser humano, porque de lo contrario afrontaremos solo los síntomas».

Estas palabras parecen ser un análisis lúcido de la situación mundial. El planeta de los mil colores, espejo de la perfección del creador, se está griseando, está perdiendo la serenidad y, sobre todo, ve turbados sus ritmos vitales. El Papa continúa en la citación de san Francis-

co: «Por esto pedía que en el convento se dejara siempre una parte del huerto no cultivada, para que crezcan las hierbas silvestres, de modo que cuántos lo admiraran pudieran elevar el pensamiento a Dios, autor de tanta belleza». (Cf. Tommaso da Celano, *Vita secunda di San Francesco*, CXXIV, 165: FF 750.)

El suyo es un llamado a afrontar los desafíos de cuidar nuestra casa común y de protegerla hacia la «búsqueda de un desarrollo sostenible e integral, porque sabemos que las cosas pueden cambiar».

Es evidente la provocación respecto a las grandes potencias: el verdadero desafío no está en disminuir las producciones o las industrias, sino en encontrar nuevas fuentes de energías alternativas – que ya existen – y difundirlas y aplicarlas. Es evidente que todo esto aparece como una utopía en un mundo controlado por grandes industrias petrolíferas, principales fuentes de control del poder mundial. Por lo tanto, la ecología integral, el cambio de mentalidad verdadero y constante, antes que madre natura llegue a un punto de no retorno. Con mucho optimismo el Papa Francisco, sigue renovando el diálogo sobre el modo con el cual el hombre está construyendo el futuro del planeta, pensando que el desafío ambiental se refiere a todos. La Encíclica afronta sistemáticamente todos los problemas de la salvaguardia del planeta teniendo presente estos ejes: «la íntima relación entre los pobres y la fragilidad del planeta; la convicción de que todo en el mundo está íntimamente conexo; la crítica al nuevo paradigma y a las formas de poder



que derivan de la tecnología; la invitación a buscar otros modos de entender la economía y el progreso; el valor propio de cada criatura; el sentido humano de la ecología: la necesidad de debates sinceros y honestos; la grave responsabilidad de la política internacional y local; la cultura del descarte y la propuesta de un nuevo estilo de vida». Cada argumento está afrontado con lucidez y realismo, poniendo límites, pero también perspectivas y esperanzas porque la reflexión dramática y gozosa juntas, como la define el Papa, pueda remover las conciencias y suscitar conversión, cambio de actitud y de mentalidad común.

La conclusión, toca una altísima poesía, que produce romanticismo, la exaltación de la naturaleza madre que debe ser defendida y tutelada. El Papa propone dos oraciones: la invocación a Dios creador y padre, reafirmando la universalidad del problema y la elevación de cada religión y espiritualidad de la naturaleza, y una oración-compromiso dirigida a los cristianos, para estimularlos a ser testigos concretos del compromiso hacia la Creación.

La *Encíclica Laudato si' sobre el cuidado de la casa común* se la debe leer, y “hacerla circular” como nos recuerda el mismo étimo, para hacerlo objeto de debate y de compromiso ecológico al cual ninguno puede y debe eludir porque, nos recuerda siempre el Papa Francisco, «El mundo es algo más que un problema por resolver, es un misterio gozoso que contemplamos en la alegría y en la alabanza».

Rita D'Addona, periodista